

CARLOS J. LARRAÍN DE CASTRO

L A H U E S T E D E P E D R O
D E V A L D I V I A

AL FINALIZAR el siglo XV y en las primeras décadas de la siguiente centuria España bullía en fiebre de descubrimientos. Parece que toda la nación se ha largado al mar en busca de nuevos continentes y el miraje de América atrae a miles de exploradores que no saben como colmar el ansia de gloria y de aventura que padece el espíritu quijotesco de la raza. Y no es sólo el oro, como lo ha propalado desde hace cuatro siglos la Leyenda Negra, lo que impulsa aquellos seres inquietos a abandonar sus lares y las comodidades de la patria. No, por cierto. No es únicamente la codicia o la ambición lo que mueve sus rudos corazones, sino también un sentimiento más noble y elevado y mucho más perdurable que el oro, por que no es éste lo único que importa, si no también la gloria y la satisfacción de esa necesidad imperativa de expansión, de nuevos horizontes, de seguir siempre adelante, algo muy difícil de explicar; algo como un sueño de mitos y quimeras, anhelos de nuevas prolongaciones, de ilimitadas posibilidades; hambre de honra, sed de infinito, añoranzas de eternidad; algo como una obsesión imperiosa de un más allá; algo que se condensa en dos palabras mágicas, lema de España: "PLUS ULTRA"; algo que un poeta chileno ha llamado:

la sed española
de gloria, de cielo, de tierra y de mar.

Eso es —además de enriquecerse, claro está—, el propósito recóndito que abrigan en sus almas aquellos famosos aventu-

rereros, mientras un soplo, entre místico y marcial, empuja sus galeones que circuyen los mares del planeta por sus cuatro puntos cardinales.

* * *

No hay duda que por su magnitud y trascendencia, ninguno de los gloriosos episodios que contiene la Historia de Chile es más significativo y portentoso que la conquista de su territorio realizada en 1540 por un puñado de individuos que dirige el esclarecido Capitán Pedro de Valdivia, que debe luchar denodadamente contra dos millones de indómitos aborígenes, que defienden su suelo y atisban al intruso con su flecha certera, agazapados detrás de cada árbol y detrás de cada peña.

Aunque otras fabulosas empresas —como las de México y del Perú— han cautivado la preferencia del europeo culto, y la de Chile, por ser éste el último rincón del mundo, el verdadero *Finis Terrae*, se esfuma y se diluye un poco en el *mare mágnum* de la epopeya hispánica, no por eso la gesta de su descubrimiento y de su conquista, deja de ser quizás, la más hermosa, seguramente la más cruenta, y acaso la más heroica de cuantas portentosas hazañas realizara España en el continente colombino.

Mucho se ha hablado y escrito sobre el excelso caudillo extremeño y con justa razón se ha sublimado su prodigiosa trayectoria, pero, por lo general, bien poco se sabe del séquito que lo acompañó y no se ha valorado debidamente sus extraordinarias condiciones de vigor físico, de temple moral, de arrojo, de decisión, de voluntad y tenacidad inquebrantables, sus constantes esfuerzos e imponderables sacrificios sin los cuales no hubiese jamás podido consumarse la conquista de Chile.

* * *

Hace pocos años tuve el honor de colaborar con el notable historiador don Tomás Thayer Ojeda, recientemente fallecido, mi venerado Maestro, amigo y colega de la Academia Chilena de la Historia, en una obra titulada "Valdivia y sus compa-

ñeros", que viene a ser el resultado de 50 años de una acuciosa investigación, resumida en una apretada síntesis. En ella se establece los nombres de 150 de los 154 componentes del tercio de Valdivia y todo lo que sobre ellos se ha podido averiguar: la edad, la patria —villa, ciudad, provincia o reino de donde provenían— luego la calidad social, los progenitores, el pase a Indias, las firmas, la profesión u oficio y los cargos más sobresalientes que ejercieron en la organización del reino, y en seguida las características físicas o morales cuando fueron muy notorias, el estado, la sucesión, la defunción y longevidad, etc. de aquellos paladines que fundaron Santiago y cimentaron con su sangre el origen de nuestra patria.

Como no puedo señalar a todos los que acudieron con el prócer a la conquista de Chile, sólo nombraré algunos de los más famosos Capitanes que se destacaron por sus notables hazañas: Jerónimo de Alderete, Francisco de Aguirre, Rodrigo de Quiroga, Francisco y Pedro de Villagra, Diego García de Cáceres, Juan Jufré, Francisco de Riberos, Juan Gómez de Almagro, Lope de Landa, el primer Obispo chileno don Rodrigo González Marmolejo, Juan de Cuevas, Bartolomé Flores, Gonzalo de los Ríos, Pedro de Cisterna, Alonso de Córdova, etc. Muy especial mención merece Doña Inés de Suárez, la única mujer española de la expedición, fiel y abnegada compañera de Valdivia, querida y respetada de todos por su bondad y valentía, que durante 16 años fue Gobernadora de Chile, ocho de hecho, siendo la concubina del caudillo, y ocho de derecho, como legítima esposa de Rodrigo de Quiroga.

45 de los conquistadores se llamaron Juan y 16 Francisco. Hubo 15 Pedro, 10 Alonso, 9 Antonio y 8 Diego, etc.

Entre el 60% de la hueste cuya edad se ha podido catalogar, 1 pasó la centuria; 6 perduraron entre 80 y 90 años; 19 entre los 70 y 80; 23 vivieron entre 60 y 70 años; 20, de 50 a 60; sólo 8 alcanzaron vida entre los 40 y los 50 años; 21, de 30 a 40, y una docena logró vivir de 20 a 30 años.

Naturalmente, no se conoce el origen de todos los fundadores de Santiago, pero se sabe con bastante precisión que 26 de ellos eran andaluces; 17 extremeños; 16 procedían de Castilla la Nueva y 5 de la Vieja; 15 del reino de León y 10 ó 12 de las

Provincias vascongadas. Las demás regiones de la Península estaban representadas por cantidades más pequeñas. Hubo también 1 alemán, 1 italiano, 1 griego, 1 portugués y 1 negro llamado Juan Valiente, que llevó bien su nombre, pues pereció junto a Valdivia en Tucapel.

Uno de los cálculos más interesantes y no muy difícil de establecer es el de la calidad social a que pertenecían en su tierra aquellos intrépidos soldados, porque el que era hidalgo tuvo buen cuidado de hacerlo saber en sus Informaciones de Servicios. Sólo hubo 2 *caballeros notorios*, que usaron el DON, D. Francisco Ponce de León y D. Martín de Solier; 3 *caballeros* sin notoriedad: Francisco de Artega, Antonio de Ulloa y el siniestro Pero Sancho de Hoz; *hidalgos de solar conocido* fueron 11, entre ellos el Gobernador Valdivia 1, 25 simplemente *hidalgos*. 9 fueron llamados "hombres de bien" y puede considerarse que los demás pertenecían al bajo pueblo español, a veces tan noble como el gran Señor. Como se desprende de este recuento, que está perfectamente comprobado, un 30% del tercio de Valdivia pertenecía a la clase hidalga de España, lo que constituye el más elocuente desmentido a la estúpida leyenda que asevera que todos los conquistadores eran unos desalmados sin Dios ni ley, provenientes de los bajos fondos de la Península. Además, la conquista de América hizo cambiar fundamentalmente en las Indias las viejas tradiciones nobiliarias hispánicas, y se presumía noble a quien ocupaba ciertos cargos honoríficos como Corregidores, Cabildantes, etc., y a los encomenderos que se titulaba *vecinos feudatarios*, lo que determinó un nuevo tipo de nobleza, que en el fondo es la verdadera: aquella que nace de los hechos heroicos.

El registro del pase a Indias de los participantes de la expedición está muy incompleto debido a la pérdida de los Libros pertinentes y sólo se ha logrado identificar a 47 de sus miembros con alguna certeza. En cambio se ha podido comprobar que 105 de los conquistadores sabían firmar y 33 de entre éstos escribían regularmente, faltando por computar en este rubro a 45 expedicionarios. Esto demuestra claramente que los integrantes del séquito de Valdivia estaban muy lejos de una ignorancia supina y tenían una instrucción bastante considera-

ble para la época. Basta leer las maravillosas cartas que el prócer dirigió al Emperador para apreciar su gran cultura que permite catalogarlo entre los clásicos del Renacimiento.

45 de los compañeros de Valdivia casaron con mujeres españolas; 2 con portuguesas; 1 con india noble peruana y uno sólo con indígena chilena. En cambio 7 contrajeron matrimonio con mestizas, hijas de precedentes conquistadores; 1 vino casado con morisca y uno casó con mulata que después repudió. Se sabe que 16 fallecieron solteros y hubo 3 eclesiásticos. De los demás se ignora el estado.

La sucesión de aquellos soldados temerarios, que constituye uno de los acápites más interesantes por su trascendencia etnográfica, es sumamente difícil de establecer. Muchos de sus vástagos, de pura sangre española, quedaron en la Península, especialmente las mujeres; otros se radicaron en diferentes partes de América y tampoco se puede computar con alguna precisión a los nacidos en las regiones australes, por la destrucción total de los Archivos. Imposible resulta también el control de los hijos mestizos, por que centenares de ellos no fueron recogidos por sus padres y vivieron en estado indígena. Consta que un solo Capitán español, el intrépido Francisco de Aguirre, tuvo más de 50 bastardos, muy hermosos, rubios y de ojos azules al decir de un testigo contemporáneo, y no hay razón para suponer que este fuera un caso excepcional. Sin embargo sabemos que muchos conquistadores recogieron a sus vástagos, o a algunos de ellos, y casaron muy bien a las hijas mestizas debido a la carencia de mujeres españolas. En resumen, de los 154 miembros de la empresa valdiviana, se conocen 159 hijos legítimos de pura sangre española; 26 mestizos de indígenas y 7 de moriscas, negras o mulatas.

Valdivia, Alderete y Quiroga fueron agraciados por el monarca con el codiciado título de *Adelantado*, pero ninguno de ellos alcanzó a disfrutarlo, por su fallecimiento. Fueron designados o ejercieron el cargo de Gobernador: Pero Sancho de Hoz, que lo renunció; Pedro de Valdivia, Jerónimo de Alderete, que falleció sin posesionarse; Francisco de Aguirre, que lo fue del Tucumán; Francisco y Pedro de Villagra, Rodrigo de Quiroga y Diego García de Cáceres, que lo ejerció interina-

mente. Hubo algunos Teniente de Gobernador, Corregidores, etc. Un medio centenar de los expedicionarios ocuparon cargos en los Cabildos y un 90% fueron encomenderos.

Impresionante es el recuento de las defunciones. 9 fueron ejecutados por el delito de traición, 1 pereció asesinado y 2 ahogados. Hubo también 2 locos, 2 dementes y 1 suicida. Y CINCUENTA conquistadores, incluyendo al ínclito caudillo, perecieron a manos de los indios. Esta cifra representa el 30% del total de la gloriosa expedición. ¡Sino trágico de la gesta heroica! De cada tres soldados, uno queda tendido en los campos de Arauco y después de afianzar con su sangre un reino para su patria, muere siempre fallido y no logra asegurar el porvenir de sus hijos. Valdivia perece, debiendo una fortuna al real erario y su viuda vegeta modestamente. Villagra fallece en la pobreza y debe 50.000 pesos. Quiroga y Aguirre gastan más de 300 mil para afianzar sus Gobernaciones y mueren endeudados. Los bienes de Jufré, de Riberos y de muchos otros Capitanes son ejecutados después de sus días. Tal es el balance de la epopeya. Pero el sacrificio del prócer epónimo y de sus heroicos secuaces, y el de tantos otros que siguieron después, no fue perdido ya que se materializó en un pueblo fuerte, viril y animoso que supo crear un Estado en forma y aguarda impasible un gran destino.

Ese es el legado de España.